

Intervención de Alberto Núñez Feijóo en la clausura del Campus FAES 2026

Madrid, 25 de septiembre de 2026

Muchas gracias, buenos días a todos.

Muchísimas gracias a los asistentes, por supuesto a los ponentes de estos días y, por supuesto, muchas gracias a los medios de comunicación por seguir esta clausura del Campus FAEs y muchísimas gracias a FAES por volver a contar conmigo.

Al inaugurar este Campus, el presidente Aznar definió con acierto el momento que vive España.

Dijo: “Las próximas elecciones serán una gran convocatoria nacional”. Y añadió, la que “los españoles decidirán con qué partido cuentan; lo contrario de ahora, en que un partido decide con qué españoles cuenta”.

Sé que, en mi caso, suscribir esta afirmación me obliga a dar respuesta a una pregunta.

¿A qué queremos convocar a los españoles?

¿Cuál es la tarea común que merece volver a unir a la Nación?

Mi respuesta es sencilla. Quiero convocar a los españoles a renovar el contrato social, el contrato social que sustenta cualquier democracia.

Hace cincuenta años aproximadamente, España también estuvo llamada a otra gran convocatoria nacional.

Entonces se afrontaban desafíos muy distintos a los de hoy: redactar una Constitución, consolidar una democracia, buscar un lugar en Europa y en el mundo, pero también fue necesario algo muy importante: construir un gran pacto de confianza entre españoles.

Un contrato que no estaba escrito en ningún artículo, pero que todos entendíamos.

El ciudadano estudiaba.

Trabajaba.

Ahorrabá.

Emprendía.

Pagaba impuestos.

Y respetaba la ley.

Y el Estado respondía con seguridad, con oportunidades y con un horizonte de progreso.

Aquel contrato social permitió la mayor transformación de nuestra historia. Que millones de españoles viviésemos mejor que nuestros padres y que cada generación pudiera mirar a la siguiente con confianza.

No era un país perfecto, pero era un país que avanzaba.

Convocar a los españoles significa decirles, antes de nada, que sabemos que esa confianza se ha roto.

Una sociedad no se rompe cuando discrepa, sino cuando deja de confiar en sus posibilidades colectivas.

Cuando una familia duda de que sus hijos puedan tener una casa, formar su familia o tener un mínimo un patrimonio.

Cuando un trabajador teme por la viabilidad del sistema que ha contribuido a sostener toda su vida, ya se trate del sistema educativo, del sistema sanitario o del sistema de Seguridad Social.

Cuando un contribuyente ve que sus impuestos acaban en lo más sórdido y no en lo más necesario. Insisto, la educación, sanidad, las políticas sociales, la red de Seguridad Social.

Un país se deteriora cuando sus ciudadanos se preguntan si sus condiciones de vida son asumibles, si la inmigración es sostenible o si las instituciones funcionan igual para todos. Y la respuesta siempre es que no.

La confianza se destruye si un Gobierno ve pasar los problemas: la vivienda, la inflación, el funcionamiento de los servicios públicos.

Digo que se desgasta si un Gobierno ve pasar los problemas sin asumir ninguno.

Si no se hace cargo ni de un apagón, de un incendio, de un accidente de tren, de una invasión. De nada.

Amigos, lo que se ha roto en España es el contrato social que alimenta la confianza en el Estado.

El contrato que acompaña derechos y deberes y que garantiza una distribución justa de oportunidades, de obligaciones y de recursos entre ciudadanos y entre generaciones.

Convocar a los españoles es ofrecerles renovar este contrato.

Volver a comprometernos a arreglar este país bajo un principio muy sencillo: los españoles cumplen y el Estado responde.

Esto significa que acabar en las urnas con esta etapa solo sería el principio.

Es verdad que están haciendo méritos para la censura más absoluta.
Que el final del sanchismo está siendo muy grotesco.
Y que no debemos dejar pasar ni uno más de sus desmanes.

Vivimos bajo un Gobierno con menos principios que algunos clanes de crimen organizado, literalmente, pero insisto, mi objetivo es el día después.

Mi objetivo no termina con echar a Sánchez, sino acabando con todo lo que representa: la mentira y la supervivencia política como único propósito en el ejercicio del poder.

Mi objetivo es que la palabra “reforma” y “modernización” no sigan siendo un recuerdo de los años noventa.

Las reformas son hoy incluso más necesarias que entonces porque son más numerosas y son más intensas.

Mi objetivo es lograr que España recupere la confianza en sí misma, en su Gobierno, en su política y ante el mundo.

Por eso, les reconozco que ya dedico poco tiempo a escuchar a quienes todavía ocupan el Gobierno. Pienso más en lo que necesita España. Y no es poco.

Me gustaría decirles a continuación lo que, en mi opinión, necesita España.

España necesita recuperar el sentido de la Nación en toda su plenitud.
Pasar de la lógica del agravio a la lógica de la ciudadanía compartida.
Derechos iguales.

Servicios equivalentes.
Símbolos comunes.

España necesita, en segundo lugar, volver a fortalecer su Estado de Derecho, que no es un mero formalismo.

La ley es la única herramienta que tiene un ciudadano para defender sus derechos. Es la única alternativa a la ley del más fuerte o del que más tiene.

España necesita restaurar las instituciones.

Revertir la captura partidista de los contrapoderes del Estado: jueces independientes, fiscales independientes, órganos reguladores independientes.

España necesita devolver a los ciudadanos una administración que solo defienda el interés general.

Que garantice la presencia del Estado en todo el territorio del Estado.

Que cumpla con sus obligaciones, algunas tan básicas como presentar los PGE cada año.

Que asuma sus responsabilidades con una adecuada rendición de cuentas. Por ejemplo, un Debate del Estado de la Nación anual o dimitir cuando corresponde.

España necesita que el Poder Ejecutivo no ocupe espacios que no le corresponden y que, por supuesto, se rija por la decencia.

Y esto significa cuidar cada euro que los españoles aportan a la caja común después de esfuerzo.

España necesita un Gobierno que se dedique a lo que sí le corresponde, que es a que las cosas funcionen.

Que no haya apagones.

Que un tren llegue cuando tenga que llegar.

Que los médicos sean suficientes.

Que la educación no retroceda a los peores niveles de nuestra historia.

O que haya viviendas suficientes para que toda una generación no tenga que renunciar a emanciparse.

España necesita que los ciudadanos puedan llegar a fin de mes.
Que las familias no tengan que afrontar el coste de la vida diaria con créditos al consumo que, a día de hoy, no paran de crecer.

España necesita que a la clase media no se la siga exprimiendo hasta extinguirla.
Que no se le ahogue hoy con impuestos e inflación y mañana con deudas familiares y, por supuesto, con deuda pública.

España necesita que la economía vuelva a medirse en la nevera, en la nevera de los hogares y no en la caja de la administración.

En este país hay margen para bajar impuestos porque en los últimos años no han parado de subir.

183.000 millones más de recaudación en el año 2025 del último Gobierno del PP en el año 2018.

18.500 millones más de recaudación en los siete primeros meses de este año 2026 que en el mismo tiempo del año 2025.

España necesita, en décimo lugar, que trabajar sea indiscutiblemente más rentable que no trabajar porque hoy, para muchos, esa ecuación está invertida.

Las ayudas tienen que servir para levantarse, no para condenar a nadie a depender eternamente de ellas.

España necesita un Gobierno que controle la inmigración.
Que ejerza nuestro derecho a decidir quién entra, cómo entra y en qué condiciones se queda.

Que garantice que quien aporta es bienvenido, y quien delinque es expulsado.

España necesita un Gobierno que entienda que la pérdida del poder adquisitivo de los salarios es uno de los principales problemas en nuestro país, y uno que es causa de muchos otros.

Los salarios, con carácter general, no se suben por decreto. Se suben con productividad.

España necesita que sus empresas puedan hacer planes porque las reglas no cambien de hoy para mañana. Y porque se haya solucionado el problemón de la burocracia.

Menos burocracia no significa menos Estado. Significa mejor Estado.

En definitiva, España no necesita una mera sustitución de su Gobierno. Necesita una auténtica reconstrucción nacional.

Un nuevo contrato social en el que reconozcamos lo que nos debemos unos a otros. Y decidamos dárselo.

Ese, señoras y señores, es mi objetivo.

Creo, además, que un país con confianza dentro de sus fronteras es imprescindible para obtener respeto fuera de ellas.

La política exterior no se construye con discursos. También depende de la imagen, de la estabilidad, de la determinación y de la cohesión que un Estado proyecta.

Lamentablemente, los últimos casi dos meses nos han recordado las consecuencias de esto, con una elevada factura que todavía siguen pagando 80.000 españoles en Ceuta.

Es simple. España no sufrió un ataque a su integridad territorial por su fortaleza, sino por su debilidad.

Por eso, renovar el contrato social también debe traducirse en algo clave para que una Nación avance.

Los ciudadanos tienen que volver a tener un Gobierno que cumpla con su deber de protegerles, siempre y en toda circunstancia.

Y para que España vuelva a ser un país con orden y con seguridad, ha de ser siempre un socio fiable, pero nunca una Nación subordinada.

Sánchez ha sido un presidente sumiso dentro y fuera de España. Yo solo debo obediencia a mi país.

España no es un país pequeño, ni marginal, ni irrelevante.

Cuando hemos estado al frente del Gobierno, ha sido un socio serio en Europa, un puente real con Iberoamérica y un aliado fiable en el mundo occidental. Y así tiene que volver a ser.

El papel de España entre América y Europa no es el de abrazarse a dictaduras en foros internacionales.

Nuestro papel es seguir defendiendo la libertad, y eso empieza por defender la nuestra.

Por supuesto, ni quiero ni nos interesa abrir crisis diplomáticas con países hermanos o con aliados históricos.

Ni en América del Norte, ni en América del Sur, ni en el Magreb, ni mucho menos en la Unión Europea.

Pero tampoco quiero, ni tampoco nos interesa, confundir la diplomacia con la docilidad. Diplomacia toda, docilidad ninguna.

Termino. He intentado transmitir, con una brevedad impropia para un desafío tan descomunal, lo que los españoles pueden esperar de nosotros, y en este caso de mí.

Lo que pueden esperar si acuden a esa gran convocatoria nacional con la voluntad de empujar el cambio que este país necesita.

Y sé que esta tarea ingente requiere también de una actitud con la que igualmente me comprometo para finalizar.

Efectivamente toda mi vida he intentado ser un presidente libre, y comprenderán, que a estas alturas de mi vida no voy a cambiar.

Mi única ambición es reconstruir mi país. No tengo una carrera por construir ni tampoco tengo una salida posterior que buscar.

Estoy dispuesto a desgastarme por España desde el minuto uno de mi mandato.

Estoy dispuesto a acabar con todo lo que hay que acabar y a hacer todo lo que hay que hacer.

Convocaré a los españoles para liderar un cambio profundo.

Para dejar de ser un país dividido, cansado y resignado.

Y para renovar un contrato social en el que todos los españoles cuenten.

Amigas y amigos, nos dirigimos a esa gran convocatoria nacional.
Yo lo hago con seguridad, pero sin triunfalismo. Nada está hecho todavía.

Lo hago con preocupación por España, pero con ilusión y con ganas.

Y, sobre todo, lo hago con un objetivo que también señaló el presidente Aznar hace unos días.

Vamos a por una mayoría a la altura de esa ambición nacional.

Por eso, antes de despedirme quiero deciros que desde ese sosiego que me atribuye el presidente Aznar, he recibido con mucha tranquilidad la escasa presión que he deducido de las palabras del director de la Fundación y del presidente de la misma.

Señoras y señores, yo estaré en el Campus FAES en el año 27, me acaban de invitar. Espero poder deciros a ustedes que he cumplido con mi deber.

Esta mañana un compañero de Galicia me mandó una foto y resulta que hace diez años, un día como hoy era domingo, y se celebraban en Galicia unas elecciones, las elecciones del 25 de septiembre de 2016.

Todavía no sabíamos el resultado, la una de la tarde, los colegios se cierran a las ocho y los primeros datos aparecen a las nueve y media.

Efectivamente fue aquella tercera mayoría con el eslogan *En Galicia sí*. Era mi obligación y mi compromiso a la tercera quedarme en Galicia. Y así lo cumplí.

Por eso hoy le reconozco al presidente Aznar en sus palabras que efectivamente yo me afilié a este partido en el año 2000. Empecé a trabajar como alto cargo con Fraga en el año 91.

Pero como soy una persona sosegada que pienso las cosas antes de decir y pienso lo que digo, tardé nueve años madurando mi filiación, pero desde aquel momento no he tenido ninguna duda. Y desde aquel momento me he comprometido al máximo con este proyecto reformista.

Por eso con la mayoría absoluta de Aznar en 2000, que acompañé en el ámbito de mis responsabilidades en el Ministerio de Sanidad gestionando el INSALUD - le aseguro que funcionaba bastante mejor que ahora-, he podido comprobar que se puede ser un presidente del Gobierno honesto; se puede ser un presidente del gobierno reformista, y ese espejo es una fuente de inspiración.

Y por eso hoy en el Campus FAES que Aznar diga que confía en mí no es una alabanza. Es un reto.

Gracias.